

LETRAS INGLESAS

Ritual. Cuentos tardíos

Arthur Machen. Trad. de Antonio Iriarte. Reino de Redonda, Madrid, 2018. 333 páginas.

Arthur Machen pertenece a la generación de Kipling o Yeats, fascinados todos ellos por el mundo celta, en el caso de Machen, por su natal región de Gales, y en el de Yeats por Irlanda. Bueno, nos falta Kipling, nacido en la India británica, pero nutrido igualmente por el legado celta, de modo especial en su 'Puck', una novela sobre los Pictos. Cabe preguntarse si ese tirón generacional por ese mundo ancestral celta, enterrado por las calzadas romanas y los monasterios bizantinos, fue un antídoto literario ante la avasalladora irrupción de la Revolución Industrial, en concreto, el cambio brutal que sufrió Londres en el curso del siglo XIX.

Sea como fuere, tenemos en nuestras manos, 'Ritual, cuentos tardíos', de Arthur Machen, editado por Reino de Redonda. 'Trueque' es un buen ejemplo del mejor Machen, un grupo de familias con niños inquietos pasan el verano en una playa idílica de Gales. ¿Recuerdan la playa de Tíburón? Bueno, aquí no hay monstruo, o por mejor decir, no le vemos el pelo. El relato de terror es magistral.

Pero Machen era un todo terreno, fue por ejemplo, traductor de las 'Memorias' de Casanova, o reportero de una gaceta de Lon-



Arthur Machen. HERALDO

dres. Repito que tuvo que competir con Kipling o Conrad, que no eran mancos en el oficio de la literatura. Pero, contra viento y marea, hizo sus libros, y ha tenido lectores de gran calado, Lovecraft o Stephen King, monarcas del terror, y en nuestro idioma, Borges o el propio Marías, editor de estos cuentos en Redonda.

Machen fue un lector empedernido de Dickens, y nos recuerda el episodio en el que el autor de Pickwick sufrió la alucinación de ver a su padre, muerto hacía

años. Su deuda con el gran Stevenson parece clara en un relato sobre el tema del Doble o de la ubicuidad, 'El camino de Dover'.

Conocía Londres como la palma de su mano, y a cada paso, nos informa de tal o cual rincón singular de la laberíntica urbe del Támesis. En este sentido, Machen es un costumbrista fantástico. Aquí vivió el Dr Johnson, aquí Dickens, aquí Marlowe. Pero, repito, tuvo que lidiar con nada menos que Kipling o Conrad, que no eran fantasmales, pero que seguramente sentía escalofríos al cruzarse con ellos por el Strand. Vivo en conversación con los difuntos, y escucho con mis ojos a los muertos. Eso escribió nuestro Quevedo, un Lovecraft lírico de Madrid.

El cuento 'N' refleja de forma muy brillante ese Londres de barrios remotos, de casas encantadas, donde la vulgaridad y la belleza combaten de forma cotidiana como quien oye llover.

Machen tenía ojo visionario, pero era un visionario lúcido, su forma de desentrañar las tripas de la realidad no le conducían a meterse en jardines complicados. Siempre supo que hay otros mundos pero están en este mundo nuestro, plano y absurdo. Ah, la traducción de Antonio Iriarte suena a un Scarlatti de Gales, como si el propio Machen se hubiese traducido a sí mismo en la lengua de Cervantes. Un libro excepcional para matar las tardes de verano.

CÉSAR PÉREZ GRACIA

